



SANTO ROSARIO

Guía Sugerida

Introducción

Contemplamos el misterio, primero y definido, del Dios que se hace hombre para rescatar al hombre a Dios. En la oración del Rosario, al ritmo del corazón lleno de gracia de María, somos conducidos a la vida del fruto bendito de su vientre, Jesús. Estamos desafiados por el imperativo de la alegría con que el Ángel saluda a la Virgen: Alégrate María, llena de gracia, porque Dios está presente, porque él ha vivido entre nosotros.

Cada Ave María que entonamos hace memoria de que somos creados para la alegría de la vida en Dios. La promesa de la morada de Dios entre los hombres, concretada en Jesús, es el motivo de la fiesta que nos congrega. La oración del Rosario es oración que celebra la alegría del Dios que nos rescata para la alegría.

En Fátima hay una invitación constante a la alegría. La Señora del Rosario no se cansará de pedirles a los pastorcitos de «**rezad el Rosario todos los días**». La insistencia de la Señora del Rosario de Fátima en esta oración no es sin razón. El rostro bíblico de Dios que Fátima recuerda es el de un Dios con entrañas de misericordia (Jer 4,19), que viene al encuentro del hombre, sediento de rescatarlo para la alegría plena. Somos allí recordados del Dios de la Gloria, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que tiene designios de misericordia para con cada mujer y cada hombre. La oración del Rosario nos centra en esta promesa definitiva del triunfo de la misericordia que la vida de Cristo vino a inaugurar; porque Él está presente; porque él hizo de la ciudad. El Rosario nos educa en la humildad de la fe, al estilo de esa mujer única que, con su Fiat, hizo de su vida don, y que conservaba cada gesto, cada palabra de Jesús, «ponderándolos en su corazón» (Lc. 2,19). Meditar los misterios de la vida de Cristo, a la manera sencilla de la Señora de la alegría, es dejarse habitar por la presencia del Dios encarnado, tal como ella. El Rosario no será otra cosa que esa manera contemplativa de, como María, guardar en el corazón las facciones del fruto bendito de su vientre, Jesús.

SANTO ROSARIO

Celebración

Misterios de Gozo

I. La anunciación a la Virgen María y la encarnación del hijo de Dios.

Del Evangelio según San Lucas (Lc 1,26-31)

El ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; y el nombre de la virgen era María. Al entrar en casa de ella, el ángel le dijo: «Salve, llena de gracia, el Señor está contigo.» Al oír estas palabras, ella se turbó e inquirió de sí misma lo que significaba tal saludo. El ángel le dijo: «María, no temas, pues hallaste gracia delante de Dios. Tú has de concebir en tu seno y darás a luz un hijo, al que pondrás el nombre de Jesús.

Parte de Dios la iniciativa del encuentro con los hombres, haciéndose hombre en el seno de María. Dios se hace don ofrecido al hombre por amor. Esa es la dinámica de la vida cristiana, en que todo es gracia. Fue Dios quien nos amó primero y es en ese amor primordial que se fundamenta la vida y la vocación del creyente. A la manera de María. En la Anunciación, el fiat de la niña judía asume todas las expectativas de su pueblo: «hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). Abriendo al don que en ella incauta, María de Nazaret afloró presencia de Dios en la vida de los hombres y de las mujeres de su tiempo, y se confía con el proyecto del Creador. Ella es modelo del creyente que permanece fiel a Dios, en la escucha atenta, en el cuidado al prójimo, en la intimidad de la oración. En Fátima, durante la primera aparición, la Virgen Madre invita a los Pastorcitos al mismo fiat con que ella misma acogió los designios de Dios: «¿Quieren ofrecerse a Dios para soportar todos los sufrimientos [...] en acto de reparación?» La respuesta de los Pastorcitos es de disponibilidad para acoger la voluntad de Dios: «¡Sí, queremos!». Guiados por la Virgen, los Pastorcitos aprenden a darse por amor, en respuesta al amor primero del Dios que toma la iniciativa del encuentro.

Virgen del Fiat, Señora del Rosario de Fátima, ruega por nosotros junto al Padre, para que aprendamos a escuchar la voluntad de Dios con disponibilidad para responder con vosotros: hágase en mí según tu palabra.

II. La visita de la Virgen María a su prima Isabel

Del Evangelio según San Lucas (Lc 1,39-42)

Por aquellos días, María se puso en camino y se dirigió de prisa para la montaña, a una ciudad de Judea. Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Cuando Isabel oyó el saludo de María, el niño le saltó de alegría en el seno e Isabel se llenó del Espíritu Santo. Entonces, alzando la voz, exclamó: «¡Bendita tú entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre!»

María hace camino al encuentro de la humanidad fragilizada, en si lleva el fruto de su vientre, Jesús, signo de esperanza y promesa de la salvación. Así fue el dichoso encuentro con su prima Isabel que, al ver la Madre de su Señor la proclama feliz, llena de la gracia de Dios. La Virgen Madre está atenta para salir al encuentro de quien más lo necesita. Fiel a su misión, es el Verbo de Dios quien lleva al encuentro de los hombres y las mujeres de todos los tiempos, la Palabra del Dios de la Promesa, del Dios que «acogió a Israel, su siervo, recordado su misericordia, como lo había prometido a nuestros padres, en favor de Abraham y a su descendencia, por los siglos de los siglos» (Lc 1,54-55). La Señora del Magnificat es bendita porque, llena de la gracia de Dios, se hace cerca de cuantos necesitan una palabra de esperanza. Fátima contiene también esta invitación a la solicitud, a una vida hecha don en favor de los demás, a una vida transfigurada por el amor. Los pastorcitos dan expresión a este espíritu de sacrificio en la sencillez de sus vidas. En sus memorias, Lucía relata que «había unos niños, hijos de dos familias de Moita, que andaban por las puertas a pedir ... Jacinta al verlos, nos dijo: “¿Demos nuestra merienda a aquellos pobres, por la conversión de los pecadores?” Y corrió a llevarla».

Virgen del magnificat, Señora del Rosario de Fátima, Ruega por nosotros junto al Padre, para que sepamos escrutar la necesidad de quien nos rodea y aprendamos la solicitud, la generosidad, y la acción de gracias.

III. El nacimiento de Jesús en Belén

Del Evangelio según San Lucas (Lc 1,39-42)

Cuando los ángeles se alejaron de ellos hacia el cielo, los pastores se dijeron unos a otros: «Vamos a Belén a ver lo que ha sucedido y que el Señor nos dio a conocer». Fueron apresuradamente y encontraron María, José y el niño acostado en el pesebre.

He aquí, Dios «se ha vuelto semejante a los hombres» (Flp 2,7) Jesús, «imagen del Dios invisible» (Col 1,15). El Dios que viene y se hace don estaba ya en el horizonte de nuestra espera, pero supera nuestra expectativa y alimenta nuestra esperanza. Porque el Hijo se revela como Palabra de la misericordia de Dios, de un Dios atento a nuestra historia y que nos acoge como hijos en el Hijo. En Belén, estamos invitados a la alegría, porque en el Dios encarnado se renueva la promesa de una nueva creación, de «una Jerusalén llena de alegría y un pueblo lleno de entusiasmo» (Is 65,18). Es «el corazón misericordioso de nuestro Dios que de las alturas nos visita como sol naciente» (Lc 1,78) y nos convoca a la misericordia, al don y la alegría. También en Fátima somos recordados de los «designios de misericordia» del Dios que nos visita. En las apariciones del Ángel de la Paz, los pastorcitos recuerdan que los designios que los corazones de Jesús y María tiene sobre ellos son «designios de misericordia», de un amor solícito, lleno de esperanza y que se da como perdón. La misericordia de Dios - es recordada en Fátima - es la revelación de Dios mismo, que es amor (1 Jn 4,8), y que alimenta el deseo de todos de reunirse en su redil.

Virgen de la alegría, Señora del Rosario de Fátima, ruega por nosotros junto al Padre, para que sepamos acoger el don de la misericordia en nuestras vidas con la alegría de la fe.

IV. La presentación de Jesús en el Templo

Del Evangelio según San Lucas (Lc 2,21-22.25-26.34-35)

Cuando se cumplieron los ocho días, para la circuncisión del niño, le dieron el nombre de Jesús indicado por el ángel antes de haber sido concebido en el seno materno. Cuando se cumplió el tiempo de su purificación, según la Ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor. Ahora bien, vivía en Jerusalén un hombre llamado Simeón; era justo y piadoso y esperaba el consuelo de Israel. El Espíritu Santo estaba en él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no moriría antes de haber visto al Mesías del Señor. Simeón los bendijo y le dijo a María, su madre: «Este niño está aquí para la caída y resurgimiento de muchos en Israel y para ser signo de contradicción. Una espada traspasará tu alma. A fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones.

Siguiendo la costumbre de Israel, Jesús es presentado en el Templo. Colocado ante Dios, como miembro de su pueblo, el Hijo es consagrado al Padre. En este gesto ritual se entretuvo ya la vida toda de Jesús, centralizada en Dios, consagrada a su misión. Al contemplar al niño-Dios presentado en el Templo por sus padres para dedicarle a Dios, nos

recuerdan de que la flaqueza adoptiva que por él recibimos nos consagra y nos presenta ante todos como memoria viva de la intención salvífica de Dios para con los hombres. Y ser signo de la presencia de Dios es, como indica el viejo Simeón, ser, como Jesús, signo de contradicción. Porque la luz de Dios que se ofrece a todos es, por unos, aceptado y, por otros, rechazada. La Virgen de la presentación continúa indicando la presencia misericordiosa de su Hijo. En Fátima, la presencia de Dios se manifiesta por una luz hermosa que ofrece al mundo la esperanza de la promesa del triunfo del corazón. Pero Francisco entiende que este Dios hermoso tiene también las facciones de tristeza, porque se conmueve con los dramas de la vida humana que rechaza el amor.

Virgen de la presentación, Señora del Rosario de Fátima, ruega por nosotros junto al Padre, para que sepamos contemplar la belleza de la vida plena ofrecida en Dios y la dejemos convertir nuestro desamor.

V. La pérdida y encuentro de Jesús en el Templo

Del Evangelio según San Lucas (Lc 2,43.46-47)

Terminados esos días, regresaron a la casa y el niño se puso en pie en Jerusalén, sin que los padres lo supieran. Tres días después, lo encontraron en el templo, sentado entre los doctores, a oírlos ya hacerles preguntas. Todos los que le oían, estaban estupefactos con su inteligencia y sus respuestas.

Jesús huye en Jerusalén sin que los padres lo supieran. Está en el Templo, entre los doctores, y habla de Dios, en la casa de su Padre, sin que sus padres lo supieran. En realidad, Jesús no se había perdido. En la escena del reencuentro, el niño-Dios apunta a su misión de Hijo: «¿no sabías que debía estar en casa de mi Padre?» (Lc 2,49). Estar en la casa del Padre, vivir una vida centrada en Dios, y comprenderse como Hijo muy amado, es la vida de Jesús. Invitarnos a la casa del Padre, a vivir la vida a partir de Dios, es su misión. Este es el encuentro fundamental: el encuentro con Dios. Fátima recuerda constantemente el llamamiento a una vida centrada en Dios, por la oración y por la ofrenda de la vida a Dios en favor de los demás. Francisco fue de este ejemplo. Nadie sospecharía que un niño era capaz de una tal profundidad contemplativa, de una vida así en la cruz. Me gustaría encontrarse a solas para "pensar en Dios", y su felicidad mayor era estar con su amigo, Jesús escondido, junto del sagrario de la iglesia parroquial.

Virgen del encuentro, Señora del Rosario de Fátima, ruega por nosotros junto al Padre, para que nuestra vida esté centralizada en Dios.

Misterios de la Luz

I. El bautismo de Jesús en el Jordán

Del Evangelio según San Mateo (Mt 3,16-17)

Una vez bautizado, Jesús salió del agua y he aquí que se rasgaron los cielos, y vio el Espíritu de Dios bajar como una paloma y venir sobre Él. La voz del cielo decía: «Este es mi Hijo muy amado, en el que puse toda mi confianza».

Bautizado por Juan, Jesús emerge de las aguas del Jordán siendo anunciado como Hijo muy amado del Padre. El siervo de Yahvé, que la profecía de Isaías cantó, es ahora el Hijo elegido y bien amado, sobre quien el Padre hizo «reposar su espíritu, para que lleve a las naciones la verdadera justicia» (Is 42,1). El bautismo sella el inicio de la misión de Jesús: el Espíritu está sobre Él para que se comprometa con la transformación de la historia humana, para que se empeñe en la conversión de la vida de cada mujer, de cada hombre.

También en Fátima estamos desafiados a participar en la misión de Jesús, la misión de reunir a todas las ovejas perdidas en el redil del Padre. Y el amor del Padre misericordioso nos es confirmado por la presencia de la Virgen, cuyo corazón lleno de la gracia de Dios triunfará.

Virgen misionera, Señora del Rosario de Fátima, Ruega por nosotros junto al padre, para que, convocados a participar en la misión redentora de Cristo, nos comprometemos con la conversión de nuestras vidas y de las vidas de los demás.

II. La revelación de Jesús en las Bodas de Caná

Del Evangelio según San Juan (Jn 2,3-8)

Como falta el vino, la madre de Jesús le dijo: «No tienen ¡vino!» Jesús le respondió: «Mujer, que tiene que ver contigo ¿y conmigo? Todavía no llegó mi hora». Su Madre les dice a los sirvientes: «¡Haced lo que él os diga!»», había allí seis vasijas de piedra preparadas para los

ritos de purificación de los judíos, con capacidad de dos o tres medidas cada una. Jesús les dijo: «Llena las vasijas de agua». Las llenaron hasta arriba. Entonces les ordenó: «Quítate ahora y llevad al jefe de mesa».

Caná marca el comienzo de la revelación de Jesús, del anuncio de la llegada del Reino, simbólicamente aludida en la abundante transformación de agua en vino. Las dos palabras pronunciadas por María, en esta escena, evocan la confianza persistente de una discípula de Jesús. La primera de estas palabras es dirigida al Hijo de Dios, con el cuidado y la atención de quien intercede por los demás: ¡No tienen vino! La segunda es una palabra dirigida a los hombres, con la certeza y la paz de quien sabe en quien puso su confianza: Haced lo que Él os diga. María inaugura, en Caná, un estilo creyente de seguir a Jesús: ante Dios, se hace intercesora atenta de los hombres; ante los hombres, recuerda la confraternidad inquebrantable en la presencia de Dios. En Fátima, la Virgen Madre invita a los pastorcitos - y, con ellos, cada uno de nosotros - a una vida a la manera de Caná: a interceder junto a Dios por los que más lo necesitan, y a anunciar la presencia misericordiosa de Dios entre los hombres.

Virgen de la intercesión, Señora del Rosario de Fátima, Ruega por nosotros junto al Padre, para que aprendamos a vivir a la manera de Caná, intercediendo por los hermanos delante de Dios y testificando la presencia de Dios entre nosotros.

III. El anuncio del Reino de Dios

Del Evangelio según San Marcos (Mc 1,14-15)

Después de que Juan fue arrestado, Jesús se fue a Galilea, y proclamaba el Evangelio de Dios, diciendo: «Se ha cumplido el tiempo y el Reino de Dios está cerca: arrepentirse y creer en el Evangelio».

El anuncio del Reino se propone una vida bienaventurada, como Jesús sugiere en su sermón de la montaña. Son felices todos los que ponen a Dios en el centro de sus vidas, porque ya no se moverán por dinamismos de egoísmo, pero se convertirán, con una multitud de creyentes, herederos de un Reino donde todos son acogidos y donde impera la ley del amor. Este es el Reino que el Cristo anuncia. Creer en el Evangelio, en la buena noticia de ese Reino que está inminente y que ya ha llegado, es convertirse a esta vida centrada en Dios y conformada con la forma de Cristo y es comprometerse con la evangelización.

También en Fátima, la Señora del Rosario invita a la conversión y al compromiso. Los pastores son, desde luego, llevados a verse a sí mismos a la luz de Dios, a descubrir lo que son llamados a ser. Es esta visión de sí mismos en Dios gana la fuerza de un impulso evangélico y misionero. Es por eso que escuchamos a Jacinta exclamar: «Si yo pudiera poner en el corazón de toda la gente el fuego que tengo dentro en el pecho que me quema y hacer el gusto del corazón de Jesús y del Corazón de María».

Virgen bienaventurada, Señora del Rosario de Fátima, Ruega por nosotros junto al Padre, para que nuestra vida se convierta y renueve en el compromiso con las bienaventuranzas del Reino

IV. La transfiguración de Jesús en el Monte Tabor

Del Evangelio según San Marcos (Mc 9,2-4.7)

Seis días después, Jesús tomó a Pedro, Santiago y Juan y los llevó, sólo a ellos, a un montón elevado. Y se transfiguró delante de ellos. Las suyas las vestiduras se tornaron resplandecientes, de tal blancura que lavandera alguna de la tierra las podría blanquear así. Se le apareció Elías, junto con Moisés, y ambos hablaban con Él. Se formó, entonces, una nube que los cubrió con su sombra, y de la nube se hizo oír una voz: «Este es mi Hijo amado. Escuchar a él»

A la luz de la transfiguración, los discípulos son confrontados en la fe en Cristo, el Hijo de Dios, síntesis de la Ley - prefigurada en Moisés - y de la Profecía - prefigurada en Elías. ¿Será esta luz, desfavorablemente confrontada? en la Resurrección, que alimentará la vida de los discípulos y de la Iglesia naciente. Ante la transfiguración del Hijo amado, el que el Padre, una vez más, nos recuerda ser su elegido, aquel a quien debemos escuchar, los discípulos de Jesús «guardaron silencio y, en aquellos días, nada contaron a nadie de lo que habían visto» (Lc 9,36). En su intimidad fermenta a la fe, la esperanza y la caridad que deben dar fruto en la vida de muchos.

En Fátima, la luz de Dios nos es ofrecida por las manos de la Señora del Rosario. Esta experiencia inefable ha de alimentar la vida de los pastorcitos, como nos narra Lucía acerca de Francisco: «Lo que más impresionaba o absorbía a Francisco era Dios, la Santísima Trinidad, en esa luz inmensa que nos penetraba en lo más íntimo del alma. Después decía: “Nosotros estábamos ardiendo, en aquella luz que es Dios, y no nos quemábamos. ¡Cómo es Dios! ¡No se puede decir! ¡Eso sí, que la gente nunca puede decir! ¡Pero qué pena esta tan triste! Si yo pudiera consolarlo... .. ”».

Virgen de la luz, Señora del Rosario de Fátima, Ruega por nosotros junto al Padre, para que, contemplando la luz de la Palabra de Dios, la dejemos fermentar en la intimidad de la oración y dar fruto de compromiso con la vida de los demás.

V. La institución de la Eucaristía

Del Evangelio según San Mateo (Mt 26,26-28)

Mientras comían, Jesús tomó el pan y, después de pronunciar la bendición, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: «Tomad, comed: esto es mi cuerpo». A continuación, tomó un cáliz, dio gracias y se lo entregó, diciendo: «Bebe de él todos. Porque esta es mi sangre, sangre de la sangre de la Alianza, que va a ser derramada por muchos, para el perdón de los pecados.

En el pan partido y en la sangre compartida se hace memorial del Don salvífico, del sacrificio de Cristo que da vida en abundancia. Allí se ofrece la medida del mandamiento del amor hasta el extremo: «como yo lo hice, hacedlo también» (Jn 13,1-17). El memorial eucarístico nos recuerda que somos rescatados en Cristo, santificados por Él, y nos compromete con un estilo de vida eucarística, una manera de entregar la vida como don para los demás en el seguimiento de Jesús.

En Fátima, se nos recuerda que el corazón compasivo de Dios se hace don para su pueblo. Los pastorcitos se introducen, por el Ángel de la Paz, al banquete eucarístico, memorial de la presencia salvífica de Dios para la humanidad. El ángel los convoca a ofrecer sus vidas en favor de los hermanos, a vivir una vida eucarística. Con los pastorcitos, también nosotros somos desafiados a ofrecer nuestras vidas en las manos de Dios en favor de los hermanos.

Virgen del don eucarístico, Señora del Rosario de Fátima, Ruega por nosotros junto al Padre, para que, comulgando de la celebración eucarística, seamos conducidos a una vida pautada por el sacrificio redentor.

Misterios del Dolor

I. La oración de Jesús en el huerto de los olivos

Del Evangelio según San Lucas (Lc 22,39.41-42)

Entonces salió y fue, como de costumbre, al Monte de los Olivos. Y los discípulos siguieron también con Él. Cuando llegó al lugar, les dijo: «Orad, para que no entréis en tentación». Después se alejó de ellos, a la distancia de un tiro de piedra, aproximadamente; y, poniéndose de rodillas, comenzó a orar, diciendo: «Padre, si quieres, aleja de mí este cáliz; sin embargo, no se haga mi voluntad, sino la tuya».

En el Huerto de los Olivos, la misión de Jesús encuentra su momento decisivo. Él que había indicado la voluntad del Padre como su alimento (Jn 4,34), Él que viera cumpliendo esa voluntad salvífica del Padre, debe ahora llevar el amor por los suyos hasta el extremo (Jn 13,1). La narrativa del Evangelio nos deja entrever dos palabras de Jesús en el jardín de su tribulación. La primera, dirigida a los discípulos, apunta la oración como fundamento de una intimidad con Dios que permite discernir cualquier tentación egocéntrica: Orad, para que no entréis en tentación; la segunda, dirigida al Padre que tanta ama, manifiesta la oferta total de su vida a la voluntad misericordiosa de Dios: Padre, si quieres, aleja de mí este cáliz, pero haz tu voluntad. Hacer la voluntad del Padre es dejarse alimentar por la intimidad de una relación de amistad con Dios mismo y declarar toda la vida en sus manos, intuyendo profundamente que su voluntad es el camino que conduce a la vida plena. El llamamiento de la Virgen de Fátima a los pequeños pastores es que ofrezcan su vida al cumplimiento de la voluntad del Padre. Esa invitación, que se extiende a cada creyente, hace eco de la actitud a que Jesús continuamente nos desafía en el Evangelio.

Virgen del discernimiento, Señora del Rosario de Fátima, ruega por nosotros junto al Padre, a fin de estar atentos y dispuestos a discernir la voluntad del Padre.

II. La flagelación de Jesús

Del Evangelio según San Mateo (Mt 27, 22-26)

Pilato les dijo: «¿Qué he de hacer entonces de Jesús llamado ¿Cristo?» Todos respondieron: «¡Sea crucifijo!» Pilato insistió: "¿Qué mal hizo él?" Pero ellos cada vez gritaban más: «Sea ¡crucifijo!» Pilato, viendo que nada conseguía y que el tumulto crecía cada vez más, mandó traer agua y lavó las manos en presencia de la multitud, diciendo: «Estoy inocente de esta sangre. Eso es con vosotros». Y todo el pueblo respondió: «Que su sangre caiga sobre

nosotros y sobre nuestros hijos!» Entonces, soltó a Barrabás. En cuanto a Jesús, después de enviarle flagelar, lo entregó para ser crucificado.

Jesús es entregado para ser flagelado, cumpliéndose lo anunciado por el profeta: «ofrecí mis espaldas al que me hería y mi cara a los ojos que me arrancaban la barba; no escondí mi rostro de los que me afrontaban y me escupía» (Is 50,6). El clamor del pueblo, que pide su crucifijo, revela que el que vive y anuncia un Reino construido en la humildad a través del don de sí será tenido como signo de contradicción y despreciado por el mundo. Por su parte, el lavarse de las manos de Pilato, que lo entrega para ser flagelado y crucificado, refiera que la actitud de quien no se compromete con la justicia y la verdad abre espacio a un camino de sufrimiento e iniquidad. Fátima recuerda que el Evangelio es signo de contradicción y que la Iglesia, Cuerpo de Cristo, en la medida en que sea fiel al estilo del Hijo de Dios, seguirá sufriendo la flagelación. La imagen del obispo de blanco a recorrer la ciudad en ruinas, en la tercera parte del Secreto de Fátima, recuerda que la vía de la injusticia y del descompromiso es un camino dramático, de autodestrucción y negación de Dios.

Virgen de los dolores, Señora del Rosario de Fátima, Ruega por nosotros junto al Padre, para que seamos incansables en trabajar por la justicia y la paz.

III. La coronación de espinas

Del Evangelio según San Juan (Jn 19,2-3)

Después, los soldados entrelazaron una corona de espinas, la clavaron en la cabeza y lo cubrían con un manto de púrpura; y, acercándose a él, le decían: «¡Salve! ¡Oh Rey de los judíos!» le daban bofetadas.

El Cristo Rey es coronado con una corona de escarnio. Al hacer esto, los soldados, aunque no lo supieran, coronan al Señor de un reino nuevo, de un Reino que no es de este mundo, sino que viene a traer a este mundo la esperanza de una vida plena y abundante (Jn 18,36). Al coronar a Jesús con una corona de espinas, los soldados apuntan inconscientemente a la lógica de ese reinado inaudito, que se construye con el sacrificio de sí, el amor hasta el extremo, hasta la entrega de la propia vida por el bien de los hombres.

El mensaje de Fátima hace memoria de este Reino de verdad y de vida plena a la que se adhiere por el don de su vida a Dios por los demás. Los pastorcitos iluminan el camino con

su entrega, hecha de oración y sacrificio, y de confianza en el triunfo de Dios sobre los dramas del mundo.

La Virgen sierva del Rey, Señora del Rosario de Fátima, Ruega por nosotros junto al Padre, para que dejemos resplandecer en nuestro rostro los rasgos del Reino de los Cielos.

IV. Jesús, con la cruz a la espalda, camino del Calvario

Del Evangelio según San Juan (Jn 19,17)

Jesús, llevando la cruz a la espalda, salió al llamado Lugar de la calavera, que en hebreo se dice Gólgota.

El camino del Calvario refleja el itinerario dramático de la historia humana que es también el recorrido de la salvación ofrecida por Dios. Jesús camina por entre el desamor humano como quien se hace presencia del amor incondicional y misericordioso de Dios mismo. El peso de la cruz es paradójicamente signo de esperanza, porque promesa de misericordia ante la miseria humana. También en Fátima, el mensaje recuerda el drama del itinerario humano, demasiado marcado por la miseria y el desamor, encerrando, en esta evocación, una invitación a la conversión. Pero la palabra definitiva pronunciada en Fátima es la de la misericordia de Dios ofrecida como gracia al desamor humano.

Virgen del camino, Señora del Rosario de Fátima, Ruega por nosotros junto al Padre, para que, acogiendo la presencia de Cristo, seamos convertidos a su camino de amor

V. La crucifixión y la muerte de Jesús

Del Evangelio según San Juan (Jn 19, 30.33-34)

Jesús dijo: "Todo está consumado". Y, inclinando la cabeza, entregó el espíritu. Al ver que Jesús ya estaba muerto, no le rompieron las piernas. Pero uno de los soldados le traspasó el pecho con una lanza y luego brotó sangre y agua.

Jesús entrega el espíritu en las manos del Padre. Todo está consumado en este don definido. Aunque la muerte imprime tonos de desánimo y dolor, el escándalo de la cruz ha de convertirse en signo de la esperanza del creyente en herencia de una vida plena en comunión con Dios. La cruz de muerte del Hijo cruza el umbral de la vida de los bienaventurados. Los creyentes son adoptados en este Hijo, cuyo pecho traspasado ofrece una vida nueva, un nacer de nuevo, y una manera nueva de ser: recibiendo del otro y dándose hasta el extremo.

En Fátima, somos recordados de este don sublime de Dios, que no desiste de sus designios de misericordia hacia la historia humana. En la visión que encierra el mensaje, testificado por Lucía en Tuy, es todavía la señal de la Cruz que ilumina todo el mensaje y se ofrece como su clave de lectura: el Misterio del Dios que se entrega, por gracia y misericordia, a los hombres.

Virgen de la misericordia, Señora del Rosario de Fátima, Ruega por nosotros junto al Padre, para que, contemplando el sacrificio definido del Hijo, seamos transformados por la lógica del don hasta el extremo y vivimos en la ofrenda total de nuestra vida.

Misterios de la Gloria

I. La resurrección de Jesucristo

Del Evangelio según San Mateo (Mt 28, 1-6)

Terminado el sábado, al romper el primer día de la semana, María de Magdala y la otra María fueron a visitar el sepulcro. En esto, hubo un gran terremoto: el ángel del Señor, descendiendo del cielo, se acercó y quitó la piedra, sentándose sobre ella. Su aspecto era como el de un relámpago; y su túnica, blanca como la nieve. Los guardias, con miedo de él, se pusieron a temblar y se pusieron como muertos. Pero el ángel tomó la palabra y dijo a las mujeres: «No tengáis miedo. Se que buscáis a Jesús, el crucifijo; no está aquí, pues resucitó, como había dicho. Venid, ved el lugar donde yacía».

El mensaje de la resurrección: No tengáis miedo, el lugar vacío donde antiguamente yacía un muerto es el sello de que la promesa de vida plena se concretó en Cristo. No tengáis miedo, el que entregó toda su vida al Padre, por amor de los suyos, hasta el sacrificio definido, está vivo, como se anunció. No tengáis miedo, derrotada la muerte, es la vida nueva que sois llamados, a una fuerza de vida que aleja el temor y la duda, la plenitud de la

vida en Cristo es aquí inaugurada y, en él, estamos llamados a la adopción divina. Esta invitación a no temer es renovada, también en Fátima, por la que vive de la gloria del Resucitado. La Virgen es testigo de que la presencia de Dios aleja el miedo, porque es garantía de vida en plenitud. Ella es también interlocutora de una invitación divina, a la que cada creyente deja convertir su rostro por la luz gloriosa de la resurrección.

Virgen del Corazón Inmaculado, Señora del Rosario de Fátima, Ruega por nosotros junto al Padre, para que vivamos animados por la fe en la resurrección.

II. El ascenso de Jesús al cielo

Del Libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 1, 6-9)

Entonces los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino de Israel en este tiempo? Y les dijo: No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra. Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos.

El Reino de Jesús no es instaurado por la fuerza, como esperaban los discípulos. El Reino de la vida bienaventurada es alimentado por la fuerza del Espíritu Santo a actuar en cada creyente y haciendo de cada uno testigo de la presencia de Cristo, levadura que levante la masa del mundo, sal y luz para toda la tierra. Es por el testimonio de vida que el Reino de Dios llegará a los confines del mundo.

La Virgen María es también enviada. En Fátima, ella es testigo de la presencia de Cristo, ofreciendo su Corazón sin mancha como de la verdad y de la belleza del amor de Dios. Porque, la Señora de Fátima ofrece un mensaje que no es suyo, sino de aquel que la envió, Dios mismo. Y, en la medida en que acogemos este mensaje de esperanza que resuena la propuesta del Evangelio de Cristo, somos constituidos, también nosotros, testigos de la presencia de Dios.

Virgen misionera, Señora del Rosario de Fátima, Ruega por nosotros junto al Padre, para que, acogiendo la fuerza del Espíritu, seamos hechos testigos de vuestro Hijo, Jesucristo.

III. La venida del Espíritu Santo

Del Libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 2, 1-4)

Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido, como el de una violenta ráfaga de viento, que llenó toda la casa donde estaban, y aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y fueron posándose sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía que se expresaran.

Después de la pasión, resurrección y ascenso de Jesús, los discípulos, se cierran sobre sí mismos, sacudidos por la ausencia del Maestro y por el temor de que el mensaje de vida que custodiaban atravesara sobre el desprecio de los poderosos. María estaba con ellos. El Espíritu de Dios, prometido por el Resucitado, arrebató sus vidas con un hombre. El aliento nuevo, con un ímpetu que aleja todo el temor, transformando sus vidas en el anuncio de la nueva creación.

El mensaje ofrecido en Fátima por la Señora del Cenáculo es la de que, en la ofrenda de la vida a Dios, el miedo es ofuscado por la promesa de su presencia. Es la garantía dada por la Virgen del Rosario a la pequeña Lucia, asustada por quedarse sola en el mundo, sin la presencia amiga de los suyos, sus primos: «¿y tú sufres mucho?, le pregunta la señora. No te desanimes. Yo nunca te dejaré. Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te conducirá a Dios». El Corazón de María, habitado por el Espíritu de Dios, se ofrece como memorial de la presencia de Dios trino.

Virgen de Pentecostés, Señora del Rosario de Fátima, Ruega por nosotros junto al Padre, para que también nosotros seamos llenos del Espíritu que hace de nuestra vida una nueva creación y memoria de la presencia de Dios.

IV. La ascensión de la Virgen María

Del Libro del Apocalipsis (Ap. 12,1)

Apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida de sol, con la Luna bajo los pies y una corona de doce estrellas en la cabeza.

La Virgen llena de gracia, que vivió bajo el signo de aquel fiat ofrecido a la voluntad del Padre, es asunta a la convivencia de Dios. Por Dios, confiada con Cristo, y en su presencia está llamada a vivir plenamente, como primicia de una multitud de creyentes. Esta mujer vestida de la Luz de Dios, María, es icono de la Iglesia, llamada a dejar resplandecer sobre el mundo la voluntad misericordiosa del Padre. También en Fátima, la Virgen Madre se ofrece como vehículo de la luz de Dios, esa luz indecible que purificó la mirada de los pastorcitos y los transformó, también a ellos, en lámparas de la luz divina. En la Cova da Iria, la Señora del Rosario nos invita a buscar y acoger la luz de Dios y a mantener la mirada fija en esa luz que ha de convertir nuestra vida por el amor.

Virgen de la Asunción, Señora del Rosario de Fátima, Ruega por nosotros junto al Padre, para que vivamos con la mirada hacia Dios.

V. La coronación de María como reina del cielo y de la tierra

Del libro de los Salmos (Sal 44 (45), 10)

A tu derecha está la Reina adornada con oro.

La Señora del Corazón Inmaculado es la primera discípula del fruto de su vientre, Jesús. En la medida en que guardaba todos los rasgos de la vida de Jesús, meditándolos en su corazón (Lc 2,51), María se deja confiable al estilo del Reino de las bienaventuranzas que él anuncia. Ella es la prefiguración de la Iglesia, heredera del Reino de la vida en plenitud. En Fátima, se nos recuerda que el Corazón sin mancha de aquella que vive al ritmo de las bienaventuranzas del Reino de los Cielos triunfará. Porque la palabra defensiva, a pesar de los dramas de la historia humana, de ser la del amor que transforma la vida en gracia y misericordia.

Virgen Reina, Señora del Rosario de Fátima, Ruega por nosotros al Padre, para que esperemos, con gozosa esperanza, el triunfo del Corazón Inmaculado.

Bendición Final

Canto: 13 de mayo...